



AÑO I

← BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1882 →

NÚM. 47

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MAJA, último cuadro de Zamacois (grabado por Carretero)

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—EL FONDO Y LA SUPERFICIE, por don Pedro María Barreira.—DIOS SABE LO QUE SE HACE, por don Carlos Coello.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *El alfabeto*, por don José Echegaray.

GRABADOS.—LA MAJA, último cuadro de Zamacois (*grabado por Carretero*).—CUARTELES DE VERANO.—CUARTELES DE INVIERNO, cuadro de F. Paton.—LA PECADORA ARREPENTIDA, cuadro de A. Eichtler.—PUERTA DE HIERRO, CONSTRUIDA POR LA CASA WAAGNER DE VIENA.—MENDIGO SABOYANO, dibujo de R. Roessler.—Lámina suelta.—DANTE ENAMORADO, cuadro de B. Celentano.

LA SEMANA EN EL CARTEL

La Mascotte, dada bajo el incomprensible título de *La Mascota*, ha gustado en Madrid; pero no tanto como en otras partes. Los críticos ponen peros al libro y á la música: y si respecto al primero la razón les sobra, es de creer que á la segunda se irán acostumbrando, merced á sus ritmos fáciles, elegantes é impregnados de frescura.

El Planeta Venus, zarzuela puesta con gran aparato en el teatro donde se cultiva con predilección este género nacional, es el peor arreglo que hizo Ventura de la Vega, de una obra harto desgraciada que nació en París para morir en breve. Ni la destreza de tan hábil escritor, ni la música de Arrieta, ni el lujo que Arderius ha desplegado han sido bastantes á infundir calor vital á una obra inocente y asaz trasnochada. Y no es que haya subido, sino que no ha entusiasmado, y en el teatro indiferencia y muerte son sinónimos.

Del drama *Círculo de hierro* estrenado en *Apolo* poco hemos de decir. Es una obra insensata en el fondo y llena de ripios por añadidura. El nombre de su autor permanece envuelto en el más impenetrable misterio.

Mejor éxito ha conseguido en el *Teatro Español* el drama de Valentin Gomez, *El celoso de sí mismo*, que no es más que una transportación á los tiempos presentes del *Otelo* de Shakespeare. Aplauden unos la audacia del poeta español, mientras otros la censuran, considerando que las pasiones con tanto vigor esculpidas por el inmortal dramaturgo inglés, no pueden tocarse sin profanarlas. Unos y otros tienen razón. Gran cosa es que el Sr. Gomez haya sabido ofrecernos un *Otelo* de frac y corbata blanca, sin caer en ridículo por ello, ántes bien haciendo admirar una versificación galana y una sobriedad de efectos por todo extremo notable. ¿Pero ha logrado eclipsar á Shakespeare? ¿Ha conseguido igualarlo siquiera? No: *Otelo* es un monumento grandioso, obra de genio; en tanto que el drama del Sr. Gomez no pasa de ser una miniatura, hija de un talento correcto y experimentado.

De entre los varios juguetes estrenados durante la semana, los que mejor éxito han obtenido son: *¡Dar la hora!* del Sr. Navarro y Gonzalvo y *La copa de la amargura*, del Sr. Espejo. Ambos fueron puestos en *Varietades*.—Liern ha estrenado en el *Teatro Ruzafa* de Valencia un sainete titulado *Cachupín en Catarrocha*, que ha sido bien recibido.

El gran *Teatro del Liceo* de Barcelona en breve abrirá sus puertas, sin que por eso hayan terminado las diferencias entre propietarios, que se ventilan en los tribunales de justicia. Bueno es por lo ménos que no pague el arte las costas del litigio.

El drama de Lumbroso *A fil di spada*, estrenado en Milan, es una obra trivial, aunque correctamente escrita, que ha pasado poco ménos que inadvertida. Há tiempo que el teatro italiano no da señal alguna de vigor y empuje. Los autores franceses se encargan de proveer á las excelentes compañías italianas.

Algo de esto sucede también en Inglaterra. Así la comedia *Betsy*, de Burnand, no es más que el *Bebé* de Hannequin y Najac, como también es francés un drama lleno de efectos que se representa en *Sadler's Wells Theatre*.

En el *Standard* llama extraordinariamente la atención un drama de James Willing, titulado *The Ruling Passion* (La pasión vencida), que no se distingue por su trama harto confusa, ni por sus personajes, que son excesivos. La atracción de esta obra estriba exclusivamente en su *mise en scene*, que da lugar á la aparición de un ómnibus, á la ascension de un globo aerostático, á la celebración de una gran fiesta en *Cristal Palace* y hasta á la caída de un chubasco presentado tan á lo vivo, que los actores se retiran de la escena calados hasta los tuétanos.

Un telegrama de Nueva-York da cuenta en estos términos de la aparición de la Patti ante el público neoyorquino: «La Patti ha debutado con *Lucia*: triunfo sin precedentes: sesenta ramos: veintitres llamadas á la escena: cuarenta y siete mil francos de ingresos.»

El último dato es el más entusiasta.

En Leipzig, Rubinstein ha alcanzado una gran ovación con su ópera *Los Macabeos*, puesta bajo la dirección del Kapellmeister Nikisch. Trabajador infatigable, ha terminado Rubinstein la música de un baile titulado *La Viña*, y anda atareado en la composición de un nuevo drama lírico, cuyo asunto ha tomado del Cantar de los Cantares.

En la propia ciudad se ha dado una representación del *D. Giovanni* en su forma original, es decir, restableciendo cuantas piezas hay la costumbre de mutilar y

acompañando los recitados en el piano. Entre las piezas reivindicadas cuéntase la escena íntegra entre Zerlina y Massetto, un aria de doña Ana y el verdadero final del acto segundo, en que, muerto *D. Giovanni*, derrúmbase el palacio y cantan todos los interlocutores una escena final.

Coquelin, el gran autor del *Teatro francés*, ha empezado su excursión por Alemania y Rusia, que principia en Estrasburgo y debe terminar en San Petersburgo. En Viena desempeñará, con el actor Sonntal, una obra bilingüe que, por tener un personaje francés y otro alemán, se presta á esta rara combinación.

Dos óperas en un acto cada una estrenáronse la misma noche en la *Opera Cómica* de París, y sin que pueda decirse en rigor que hayan fracasado, no han logrado cautivar la atención del público: titúlense *La nuit de Saint Jean* y *Battes Philidor*. Ambas adolecen de timidez y de falta de experiencia.

Gillette de Narbonne es el título de la nueva opereta que Andran, el afortunado autor de *La Mascotte* ha dado á los *Bufo Parisienses*. El argumento entresacado del *Decameron* de Bocaccio es excesivamente picaresco; sin embargo, los autores del libro, Chivet y Duru, han atenuado cuanto han podido las licencias del célebre escritor italiano, dando al desarrollo el carácter de una ópera cómica, exenta de las chocarrerías y desnudeces del género bufo.

¿Hemos de referir el argumento? No: todos pueden leerlo en la novela IX de la tercera jornada del famoso libro de Bocaccio. Baste decir que el público con sus aplausos, ha hecho justicia á los escritores y al músico. Este, en todas las piezas se muestra hábil y agradable. Su mano conserva la ligereza de siempre: su número tiene la misma facilidad que brilla en *La Mascotte*. Pero la partitura de *Gillette de Narbonne* adolece de un gravísimo defecto: no tiene unidad, ni proporciones. Las piezas en sí son magníficas; algunas hasta magistrales, pero carecen de los encantos de la trabazón, y en muchos casos la música queda sacrificada á la letra, afortunadamente interesante y divertida.

Un casamiento y un divorcio.

Arrigo Boito, aplaudido autor de *Mefistófeles*, une su suerte á la de una distinguida cantante, bastante conocida en España, la señorita Borghi-Mamo.

En cambio la señora de Strauss, el célebre compositor de los brillantes *walses* que le han valido fama universal, solicita el divorcio ante los tribunales.

Lo raro es que precisamente en el hogar de un músico tan celebrado, no reine la debida armonía.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

LA MAJA, cuadro de Zamacois

El lindo grabado que hoy ofrecemos es copia de un cuadro de Zamacois, el último que pintó este insigne artista. Representa una maja, ese tipo característico que con tanta frecuencia han reproducido nuestros artistas; y en su aire desenfadado y en la holgura con que está trazada, revela desde luego la genialidad poderosa de aquel pintor. Añádase á esto la riqueza del colorido, la luz de ese precioso cuadro, y se podrá formar una ligera idea de su mérito.

Era Zamacois por demás aficionado á tratar asuntos del pasado siglo, que por su típico carácter tanto se prestan á lucir las galas del color; y en sus cuadros de género, animado alguno por humorístico pensamiento, se puede admirar un talento observador y un estudio verdaderamente concienzudo del natural. Fácil es que recuerden nuestros lectores su magnífico lienzo *La educación de un príncipe*, maravilla de dibujo y de color, en la que se echa de ver el filosófico pensamiento que dió origen á tan soberbia página. Aparte de esta y otras importantes obras, sus frailes postulantes de picaresca expresión; sus soldados y sus truhanes; sus manolos, sus abates y sus majas, son otros tantos tipos á los que prestaba su pincel sello característico. En París, donde habitualmente residía, sus lienzos eran solicitados por los ricos *amateurs* y las gentes de buen gusto; y entre la colonia artística española fué uno de los pintores que más descollaron. Su nombre irá unido á esa pléyade de artistas de que en el siglo actual se envanece nuestra España.

Cuarteles de verano.—Cuarteles de invierno, cuadro de F. Paton

Hé aquí un lindo juguete pictórico, que á pesar de su sencillísimo asunto, es una obra acabada de dibujo y de grabado. El artista, dividiendo su cuadro en dos partes, ha representado otras tantas fases de la vida regalona de los gatos, presentando en la primera al sibarita animal metido en un ancho borceguí que le sirve de fresco retiro en la bodega, donde el ambiente no es tan caluroso como en los demás departamentos de la casa; y figurándolo en el segundo muellemente recogido en abrigado manguito, donde puede desafiar los rigores de la estación invernal. En ambos cuadritos, adivinase en la cara del animalito la satisfacción que experimenta y lo dispuesto que se halla á no consentir que nadie le perturbe, habiendo sabido el aventajado pintor reproducir con tanta verdad como soltura la inteligente mirada y el aterciopelado pelaje del felino.

LA PECADORA ARREPENTIDA, cuadro de V. Eichtler

Más de una vez se han inspirado los pintores en el asunto que ha escogido Eichtler para el cuadro reproducido en nuestro grabado, á pesar de lo cual bien puede decirse que en esta ocasión el distinguido artista ha presentado la escena con la expresión y el movimiento que exige. El justo enojo del padre, la compasiva aflicción de la madre, el arrepentimiento suplicante de la hija y el asombro ó cariñosa solicitud de los deudos y amigos, forman una serie de encontrados afectos de difícil reproducción en el lienzo, y mucho más si las figuras han de guardar la actitud propia de tan solemne escena, de suceso tan crítico en la vida de una familia; á pesar de lo cual, el autor de este cuadro ha logrado vencer las dificultades de su ejecución, ofreciendo un conjunto exento de toda trivialidad, y tratado con discreción y acierto.

PUERTA DE HIERRO, construida en los talleres de Waagner, de Viena

En la construcción de tan magnífica puerta se ha separado la casa constructora de los modelos que ordinariamente sirven para esta clase de objetos, y encargando su trazado y dibujo á uno de los primeros artistas del imperio austriaco, ha producido una verdadera obra de arte, en la cual hay bastante que admirar y no poco que imitar. Y en efecto, sus prolijos y armoniosos dibujos, sus afligranadas labores, la pureza de su estilo y lo perfecto de su ejecución, demuestran el esmero y la inteligencia con que se ha llevado á cabo esta puerta verdaderamente artística.

MENDIGO SABOYANO, dibujo de R. Roessler

La esterilidad de ciertas comarcas de la Saboya hace que muchos de sus habitantes se vean obligados á emigrar á países extraños en busca del necesario sustento, dedicándose unos á deshollar chimeneas ó estañar sartenes, otros á adiestrar monos, marmotas y osos, otros á herir desagradablemente los nervios auditivos del prójimo con sus arpas, violines y organillos, y algunos, por fin, considerando molestas todas estas tareas, á implorar simplemente la caridad pública. A este número pertenece el que figura en nuestro grabado, tipo perfecto del mendigo saboyano, de ignorante y bobalicona expresión, y que acostumbrado á sus andrajos, no los trocaría por más aseado vestido con tal de llevar la vida errante y libre que es ya una necesidad de sus instintos vagabundos.

DANTE ENAMORADO, cuadro de B. Celentano

«Mi alma entera estaba entregada á la idea de aquella gentilísima doncella, por lo cual en poco tiempo me puse tan débil, tan delicado, que á muchos amigos les causaba lástima mi aspecto; y muchos también, llenos de envidia, se afanaban por averiguar lo que yo tenía empeñado en ocultar á todo el mundo. Habiendo echado de ver su indiscreta curiosidad, seguí la voluntad de Amor, que me inspiraba según el consejo de la razón, y les contestaba que Amor era el que me había puesto en tal estado. Lo atribuía al Amor, porque en mi rostro llevaba impresas tantas huellas de sus golpes, que era imposible ocultarlo. Y cuando me preguntaban: «¿Por quién te hace sufrir tanto el Amor?» yo les miraba sonriendo, y guardaba silencio.»

Este párrafo de la *Vida nueva* de Dante, ha inspirado al notable pintor Celentano el magnífico cuadro del que es una reproducción la lámina suelta que acompañamos al presente número, y en el que se ve á los amigos del gran poeta, movidos de *indiscreta curiosidad*, preguntándole por la causa del cambio que notan en sus desmejoradas facciones, sin que él se avenga á salir de su reserva, ó cuando más limitándose á atribuirla al amor.

EL FONDO Y LA SUPERFICIE

Si fuera posible decir, sin faltar á las buenas formas, que el excelentísimo señor duque de la Chiripa es un borriquito de solemnidad, yo diría respetuosamente que el borrico del señor duque no anda en cuatro piés por misericordia divina, y no vive en la oscuridad de las nulidades porque la fortuna es hembra de tan mala ralea que sólo hace desatinos. Pero por más que me devano los sesos buscando vocablo que sirva para el caso, me veo en la sensible necesidad de no llamar borrico al señor duque, porque no encuentro modo de llamarlo sin faltarle al respeto.

Su vida puede condensarse en pocas palabras. Siendo niño se dedica á coger nidos; siendo moza-bete se dedica á coger cristianas; siendo hombre se dedica á coger turcas. Su fisonomía moral queda dibujada con tres rasgos: en la edad de la inocencia sólo goza aporreando inocentemente á otros muchachos; en la hermosa edad de todos los entusiasmos generosos, sus palabras, sus pensamientos y sus obras recuerdan siempre aquello de «doy para que des, hago para que hagas»; en la edad madura sería capaz de morirse de pena si alguna vez dormido tuviera la desgracia de soñar que no están locos rematados los que no se entregan atados de piés y manos á las brutales y groseras exigencias del más

refinado egoísmo. Sus condiciones intelectuales son las que corresponden á un individuo que en la escuela no pudo acabar de aprender á leer y escribir; en la segunda enseñanza no llegó á entender ninguna asignatura; y al abandonar los estudios no volvió á acordarse de que hay libros en el mundo. Todo lo demás que se cuenta del señor duque es una patraña.

Había nacido su excelencia en un pueblo de pesca en seco, es decir, de los que no presentan en su término señales de que en el mundo haya mares y ríos. Tuvo por padres, no el pueblo, sino el excelentísimo señor, que entonces no era señor ni excelentísimo, á un acaparador de cereales llamado Anton Ordoñez y Chiripa, conocido por Anton Chiripa, y á una tal María Baron, hija de otra tal, ó sea de otra María Baron, cuya vida, poco edificante, no nos importa un comino.

Fruto único de Anton y María, nació el que andando el tiempo había de ser vicioso, egoísta, ignorante y duque, y le bautizaron con el nombre de Jacinto. Quedó huérfano cuando más le preocupaban las cristianas y las turcas, y se encontró dueño de varios millones de reales, con la influencia correspondiente á tan bonito capital.

Ocurrió una vez que en otro pueblo comarcano se desarrolló una epidemia de viruelas que amenazaba no dejar títtere con cabeza. Como es consiguiente, Jacinto y sus convecinos sintieron tal medrana que no les llegaba la camisa al cuerpo. Esto les hizo pensar que no tenían un hospital y que sería muy conveniente para todos subsanar semejante falta. Celebraron varias reuniones las personas de más viso y más ilustradas de la población, y acordaron que, arrimando el hombro lo que pudiera cada quisque, se construyese un edificio de inmejorables condiciones y de capacidad bastante para las necesidades del vecindario.

Jacinto, invitado á todas las reuniones, tuvo por conveniente no asistir á ninguna. Le visitaron con el doble objeto de darle cuenta de lo acordado y solicitar su auxilio para tan caritativa empresa.

—¡Un hospital! dijo Jacinto, echando un pestazo á vino que ni el demonio podía olerlo; ¿y qué falta nos hace eso? Nadie se muere hasta que Dios quiere, y todos los hospitales del mundo juntos no retrasan ni un minuto la muerte del que le llega su hora. Además, si la gente pobre nota que hay quien le pague los gastos de sus enfermedades, será capaz de perder la buena costumbre de ahorrar, y habremos desmoralizado al pueblo. Yo no quiero contribuir á esa obra funesta.

—Pues yo he dado para ello la casa y los corrales que tengo juntos en la parte más alta del pueblo.

—Y yo daré toda la madera que se necesite.

—Y yo toda la piedra.

—Y yo todo el yeso.

—Y yo lo que cobre el arquitecto que venga á dirigir las obras.

—Y yo pagaré á los albañiles.

—Y yo á los peones.

—Y yo compraré camas.

—Y yo sábanas y cobertores.

—Y yo cedo varias fincas para que el hospital tenga fondos.

—Y el señor cura pondrá un cepillo en la iglesia para recoger limosnas.

Jacinto oyó esto y otras muchas cosas como el que oye llover.

Construyóse el hospital, sometiendo el arquitecto los planos al exámen del médico titular del pueblo, para que tan santo asilo respondiese por completo al objeto que le daba vida.

Terminadas las obras, el hijo de Chiripa fué á visitarlas, preguntando por el arquitecto, que sin conocerlo le despreciaba, porque sabía que era el único que no contribuía á ellas; pero que le trató con el más agasajador respeto, porque también había oído decir que era millonario, y porque Jacinto, dócil á requerimientos de la vanidad, le espetó de buenas á primeras, en vez de saludo, estas palabras:

—Más que á ver lo que aquí ha hecho usted, que de seguro no le sacaré de pobre, vengo á pedirle una tarjeta suya, porque es muy probable que yo necesite á usted más adelante para edificar un gran palacio.

Tenia el arquitecto en Madrid un hermano periodista. Este se encargó de meter más ruido con el hospital que si se tratase de una nueva catedral de León. Como no era cosa de dejar en el tintero al acaudalado provinciano que pensaba ocupar al arquitecto en la construcción de un gran palacio, el nombre de don Jacinto Ordoñez baron de la Chiripa anduvo revuelto con el del hospital una porción de días en los periódicos de la corte. Y como tampoco era cosa de que el gobierno desperdiciara la ocasión de demostrar su deseo de premiar toda

empresa meritoria, animó al pueblo á seguir el camino emprendido... concediendo á Jacinto el título de marqués.

Fácil hubiera sido hacer patente que el gobierno había tocado el violon; pero ¿qué ganaría el pueblo con ello y con poner en ridículo al flamante marqués? Con una gramática parda digna de toda alabanza se acordó que lo mejor era hacer la vista gorda, y confiar en que el hijo de Anton Chiripa no esquivaría en lo sucesivo las ocasiones de auxiliar á sus convecinos.

Verificáronse por entonces los exámenes anuales de la escuela municipal, presididos por el alcalde. El local de la escuela era mezquino, pobre, oscuro y malsano.

—Hay que hacer una nueva escuela,—dijo el presidente.

—Y una nueva cárcel,—añadió un concejal que llegaba con la noticia de que un preso había logrado escurrir el bulto.

Se abrieron suscripciones, se organizaron rifas, se formó una compañía para hacer comedias los domingos y fiestas de guardar, se dieron bailes, se consultó al arquitecto que había dirigido las obras del hospital y á reputados autores de libros sobre enseñanza y sistemas penitenciarios: en una palabra, se echó mano á todos los medios de realizar las proyectadas construcciones.

Acudieron de nuevo á Jacinto las personas de más viso, y de nuevo el hijo del acaparador de granos, que olía á aguardiente desde una legua, les dió con la puerta en las narices.

¿Cómo aprobar lo referente á la cárcel, que equivalía, en su opinion, á confesar que en el pueblo abundaban los criminales?

¿Cómo tomar en serio lo de la escuela, cuando en ella el mismo señor marqués no había aprendido nada, y cuando el mismo maestro, con más de cincuenta años de profesorado, no sabía dónde tenía la mano derecha?—Además, decía, las rifas desarrollan la afición al juego; los bailes y las comedias á la holgazanería; las suscripciones á salir de apuros con el dinero ajeno. Cuando se trate de algo verdaderamente útil y moralizador, añadia, cuenten ustedes conmigo.

Esta conducta produjo tal indignación que un propietario, viudo y sin hijos, entregó el mismo día mil duros para las obras de la cárcel y otros mil para las de la escuela, y ofreció crear una renta perpétua de diez mil reales anuales para que sin ningun gasto en el presupuesto municipal, hubiera siempre un buen maestro y buen material en el establecimiento de instruccion primaria.

Dos años despues el pueblo poseía una buena cárcel del sistema celular y una preciosa escuela Froebel dirigida por un profesor inteligente. El antiguo maestro había sido jubilado, y pasaba su tiempo hablando mal de su sucesor, porque era viva negacion de la máxima «la letra con sangre entra;» del ayuntamiento porque haberle jubilado equivalía á declarar que el hombre ya estaba de sobra en el mundo; y del marqués, porque al afirmar que su maestro no sabía dónde tenía la mano derecha, había faltado á la verdad.—No es que yo no supiera enseñar, exclamaba irritado; es que el señor marqués en vez de escuela lo que necesitaba era un pesebre.

Jacinto visitó las nuevas obras, como había visitado las del hospital, y manifestó al arquitecto que no había abandonado el plan de encomendarle la construcción de un gran palacio. El hermano del arquitecto tomó esta vez también cartas en el asunto; los periódicos de Madrid volvieron á echar las campanas á vuelo, y el gobierno volvió á demostrar su deseo de premiar actos meritorios... concediendo al marqués de la Chiripa la gran cruz de Isabel la Católica.

—¿Qué haremos ahora?

—Hay que inventar algo nuevo.

—Lo primero que hay que inventar es el modo de que el bestia del hijo de Chiripa no recoja honores y consideraciones que todos merecen menos él.

Esto se decían unos á otros los convecinos del excelentísimo señor marqués, quienes, aunque estaban trinando, volvieron á demostrar su buena gramática parda, haciendo la vista gorda al nuevo golpe de violon con que el gobierno les había favorecido.

Un terremoto ahorró á aquella gente el trabajo de tener que inventar por entonces nuevas reformas. Durante las horas de una siesta habían salido de sus casas hombres, mujeres y chicos, gritando:—¡Temblor de tierra! ¡Temblor de tierra! Cinco minutos despues corria de boca en boca la noticia de que la mitad de la iglesia se había caído, y la otra mitad amenazaba caerse. Y pasados otros cinco minutos decía todo bicho viviente:—Haremos otra mejor, y Dios no habrá perdido nada.

El sentimiento religioso, que á medida que se debilita en las grandes poblaciones, donde se piensa más en ser sabios que en ser buenos, se vigoriza y robustece en las pequeñas, donde suele darse más importancia á ser buenos que á ser sabios, hizo milagros entre los paisanos de Jacinto.

Inútil es decir que éste siguió siendo ejemplo de que el olmo no da peras. Como nadie ignoraba la causa de que su nombre hubiera andado en los periódicos de la corte revuelto con los del hospital, la escuela y la cárcel, lo primero en que se pensó fué en cambiar de arquitecto, averiguando al paso que el que eligieron no tenía parientes, cercanos ni remotos, dedicados al periodismo.

Al cabo de otros dos años ponían los operarios la cruz y la veleta en el coronamiento de la torre de una preciosa iglesia del estilo ojival florido. Coincidió con este feliz acontecimiento el paso del prelado de la diócesis por una carretera que distaba ménos de un kilómetro del pueblo. Avisado el cura oportunamente, salió á saludar al obispo, y con el cura salieron todos los feligreses, excepto Jacinto que días ántes se había marchado á una posesion de recreo, donde, por no perder la costumbre, pasaba el tiempo entre turcas y cristianas, como cuando no era marqués ni excelentísimo señor.

Veíanse desde la carretera la gallarda torre de la iglesia y la parte superior de los muros. Descando admirar de cerca tan notable monumento y descansar un rato, el obispo decidió detenerse una hora en el pueblo. El pobre cura, que no tenía ni un asiento medio cómodo que ofrecer á su prelado, sudaba tinta y temblaba como si fuera de azogue. El mayordomo de Jacinto, creyendo que así complacería á su amo, manifestó que su ilustrísima, despues de visitar el templo, debía descansar en la casa del señor marqués, por ser la que más condiciones reunía para albergar á tan ilustre huésped. Oyólo el cura como si hablara Dios por su boca y se apresuró á aceptar en nombre del obispo. Un chocolate con bizcochos y un vaso de agua fué todo el gasto que ocasionó al noble de nuevo cuño la honra de recibir en su vivienda á un viajero tan importante.

No había trascurrido un mes cuando el cura recibió una carta, con sello y membrete de la secretaría del obispado, en que se le mandaba ir á participar al señor marqués de la Chiripa que, á ruegos de su ilustrísima y para premiar al pueblo por la construcción de su nueva iglesia, el gobierno había convertido en ducado el marquesado.

De este modo llegó á ser duque el hijo de Anton Chiripa, cuyo único mérito para llegar á tanta altura fué oponerse á todo pensamiento racional y generoso de sus convecinos, y que cuando tuvo noticia de que el obispo había descansado en su casa y tomado una jicara de chocolate, plantó en la calle al mayordomo para evitar la contingencia de que otra vez con otro motivo obsequiara á otra persona con otra jicara y otro vaso de agua.

El pueblo en masa quiso hacer pedazos á aquel hombre. Tan fea se puso la cosa que el alcalde en un bando y el cura en el púlpito tuvieron precision de calmar los ánimos y dulcificar intenciones que, traducidas en hechos, resultarían reprobadas y castigadas por las leyes divinas y las humanas.

Desde aquella fecha, siempre que los vecinos del pueblo quieren ponderar lo que valen, suelen decir, repitiendo la esencia de los sermones del cura y del bando del alcalde:

—«Los que no confundan el fondo con la superficie de las cosas, tienen que convenir en que aquí no sólo hacemos hospitales, cárceles, escuelas y templos, que los forasteros admiran y envidian: valemos tanto, tanto, que por nosotros y nada más que por nosotros ha llegado á ser personaje el más ignorante, vicioso y egoísta de los mortales.»

¡Oh! Decididamente es una lástima que yo no encuentre palabras para decir también, con mucho respeto y sin faltar á las buenas formas, que el excelentísimo señor duque de la Chiripa es un borrico que no anda en cuatro piés por misericordia de Dios.

PEDRO MARIA BARRERA

DIOS SABE LO QUE SE HACE

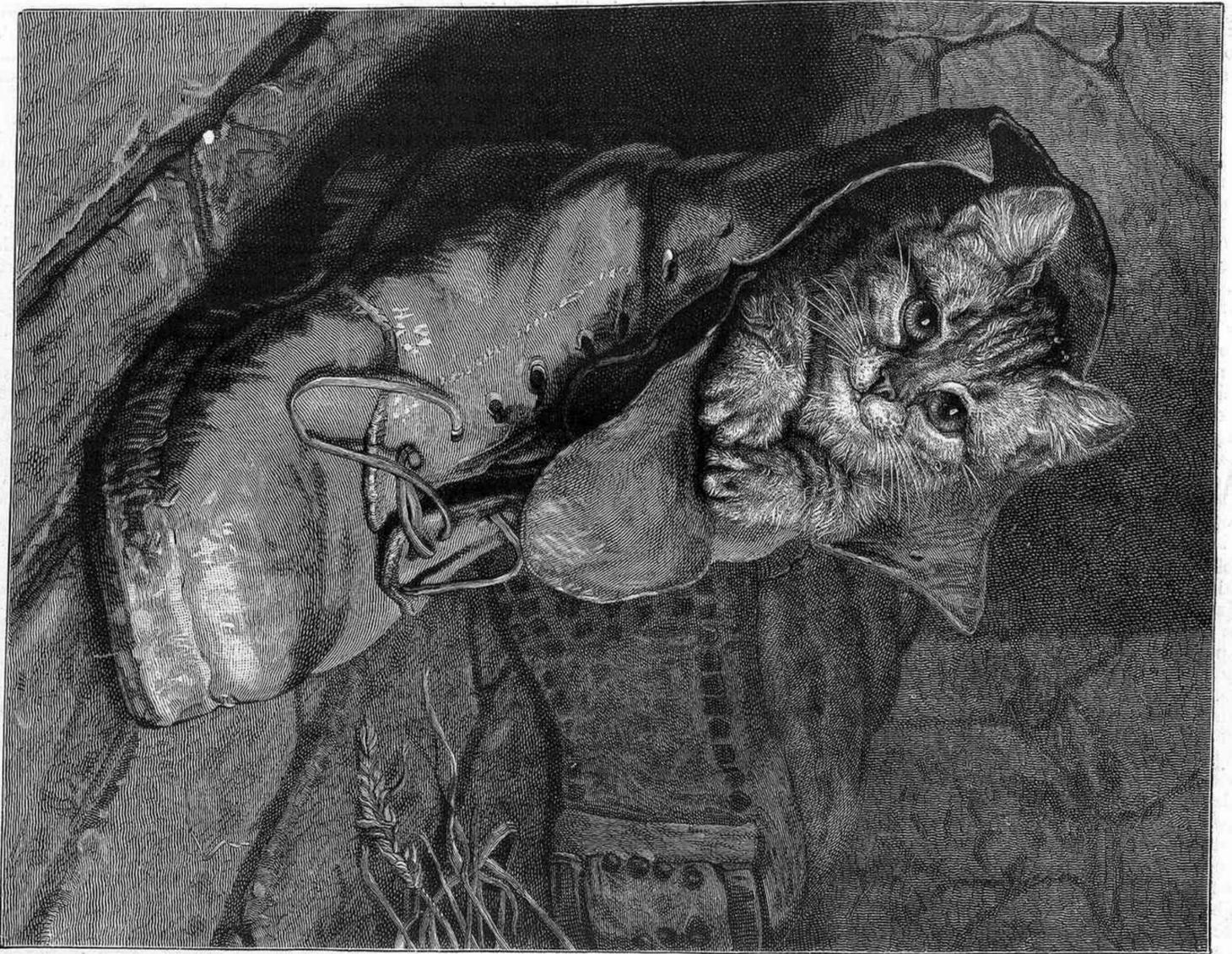
(Cuento increíble)

Á LA SEÑORA DOÑA ARACELI VAZQUEZ DE MALATS

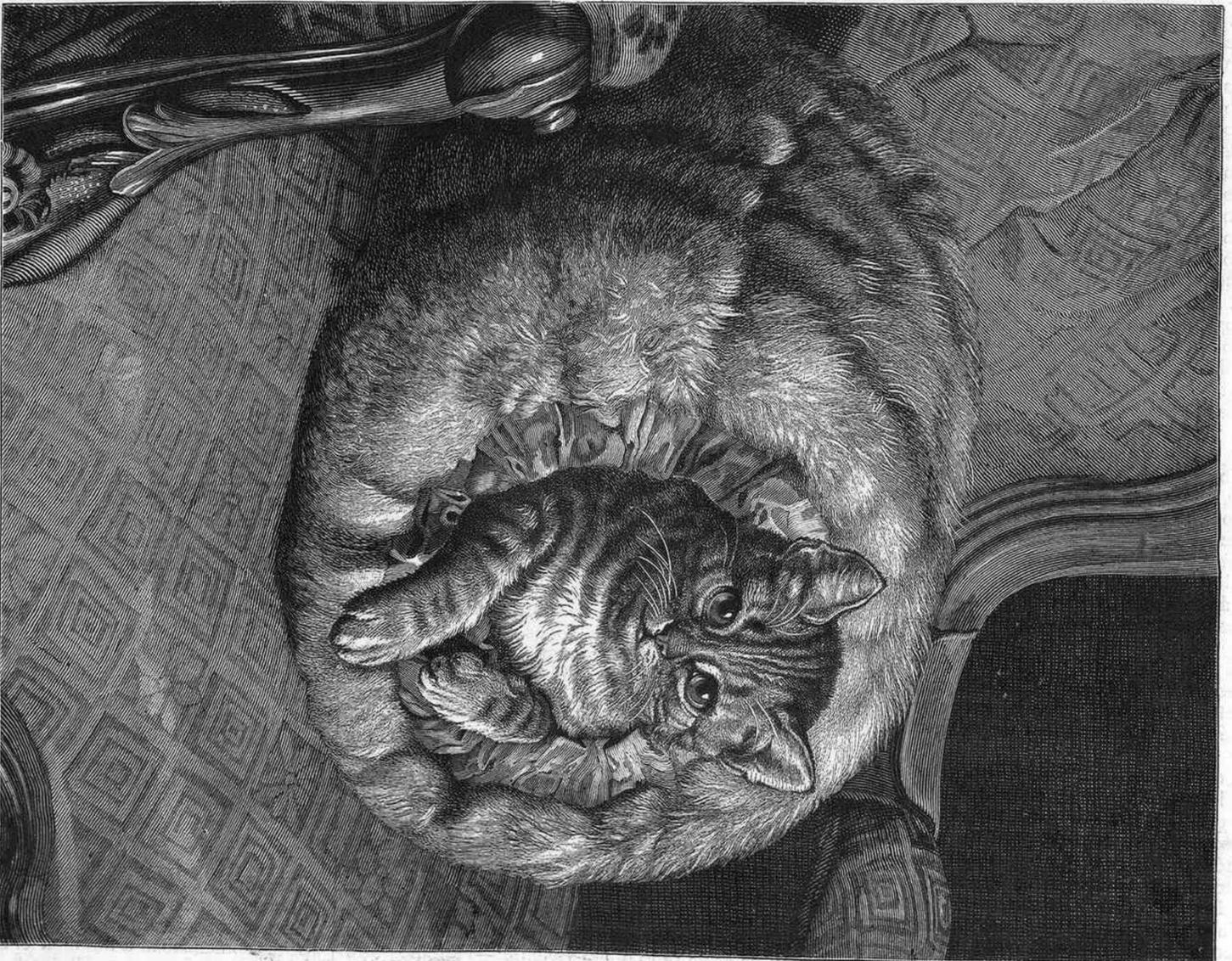
I

El martes 5 de marzo de 1878 es un día que no se borrará jamás de mi memoria.

Me retiraba á casa necesitado de reposo cuando apenas comenzaban á iluminar el cielo los resplandores de la aurora y cuando las luces de gas reali-

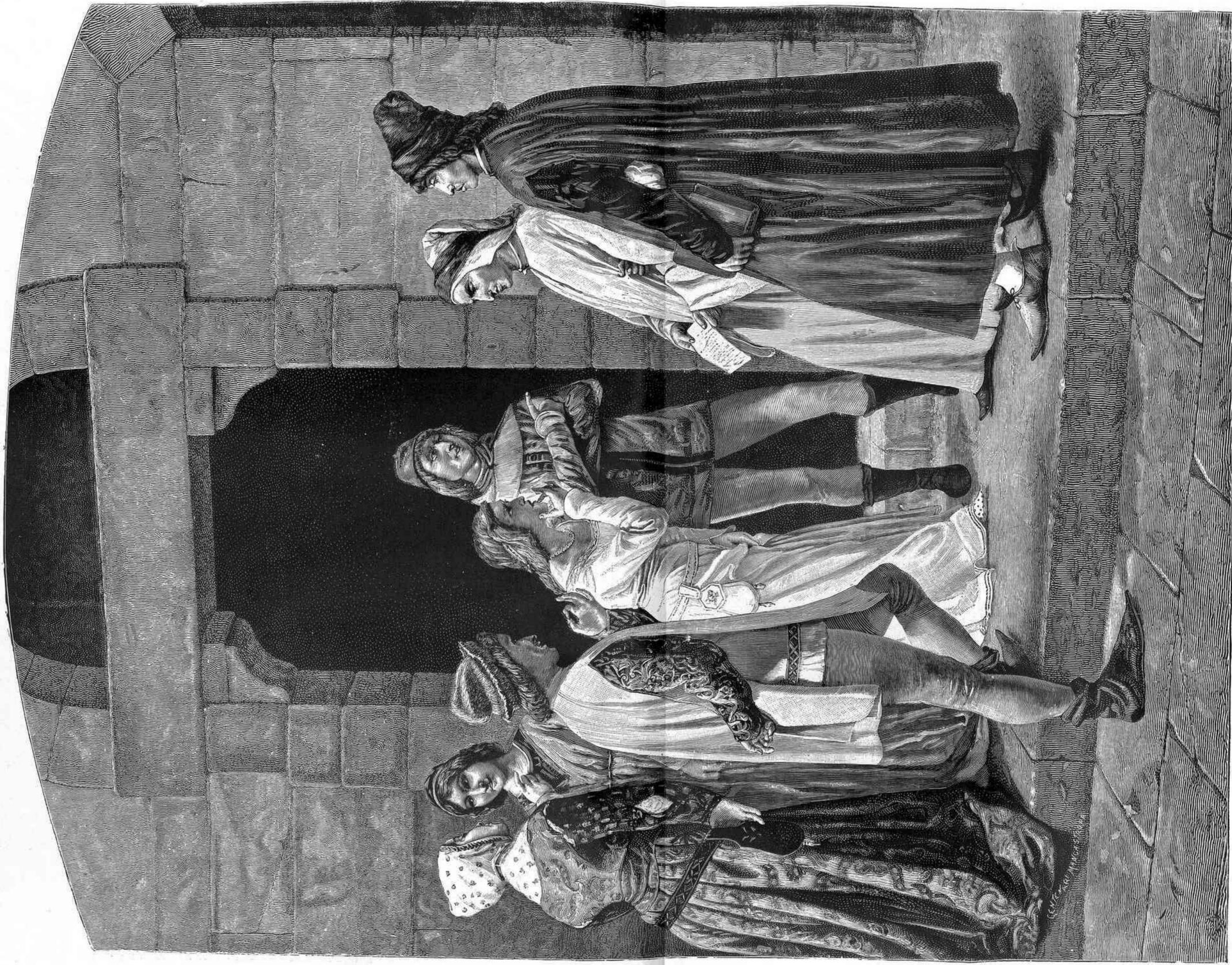


CUARTELES DE VERANO



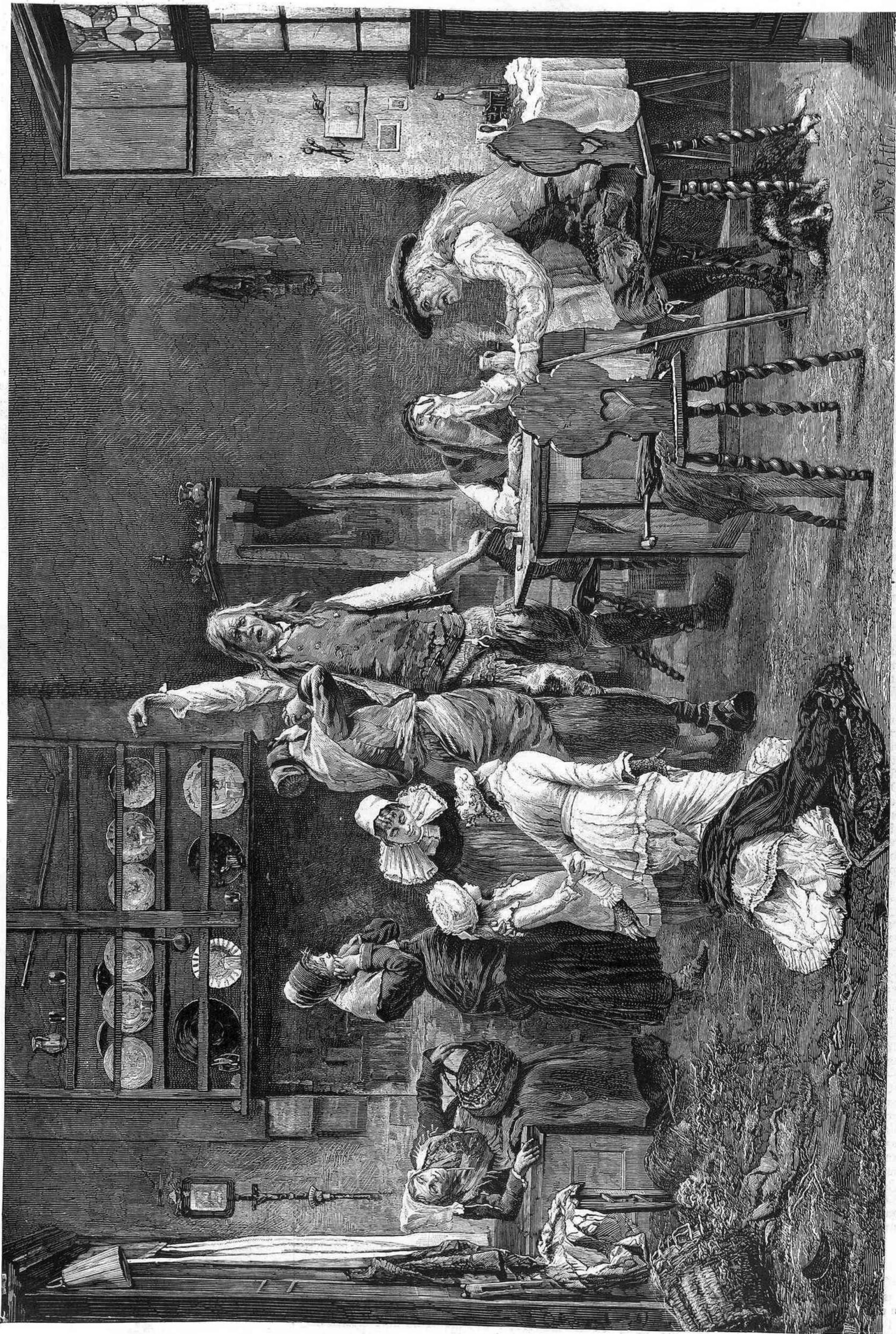
CUARTELES DE INVIERNO

VIENNA 1840



DANTE ENAMORADO, (CUADRO DE HERNANDO CELENTANO)

Ministerio de Cultura



LA PECADORA ARREPENTIDA, cuadro de A. Eichler

zaban el increíble milagro de alumbrar ménos que durante las primeras horas de la noche. Volvía del baile de máscaras del teatro Real, donde me había aburrido solemnemente, había cenado mal y caro, me habían dado bromas de pésimo gusto sobre las tres ó cuatro peores acciones de mi vida, había estado á punto de tener una cuestion personal por evitar que un amigo de la víspera cometiese una impertinencia, y había hecho (bien sabe Dios que sin querer) la conquista de una de las mujeres más antipáticas de Madrid....

Penetré en mi habitación; dirigí al intacto, limpio y mullido lecho una mirada de arrepentimiento tardío á la vez que de confianza segura, y ya estaba medio desnudo cuando el criado dió dos golpecitos en la puerta de la alcoba y dijo desde el pasillo:

—«Señorito, no deje usted de ver la carta que tiene sobre su mesa y que le trajeron anoche.»

Abrí la carta. Era de uno de mis mejores amigos y contenía estas solas palabras:

«Mi hija se muere. Luisa y yo te necesitamos á nuestro lado. Ricardo.»

Vestíme precipitadamente y volé al lado de aquellos infelices, temeroso de no llegar á tiempo de compartir todos sus dolores.

II

Rosa, la única hija de Ricardo y Luisa, hasta hace tan poco los dos séres más dichosos del mundo, espiraba víctima de una terrible anemia, aún no cumplidos los ocho años.

El médico se había despedido la noche anterior, sin dar á los pobres padres la menor esperanza. Ricardo, que tenía algunos conocimientos en medicina, veía por sus ojos los irreparables progresos del mal, y en vano procuraba cerrarlos á la evidencia. A veces el deseo le engañaba un instante y respiraba con alguna libertad; pero pronto se indignaba contra sí mismo ante un nuevo síntoma que le sacaba brutalmente de su error. Luisa miraba á su marido con espanto indefinible, él la pedía sollozando que tuviese valor, yo hacia esfuerzos sobrehumanos para ocultar mis lágrimas y todos volvíamos á clavar la vista en el pálido y demacrado rostro de la enfermita, que era sin duda quien sufría ménos de los cuatro. La vida se extinguía en ella sin sacudimientos ni dolores, como luz que se apaga, como nube que se disipa, como aroma que se desvanece.

Ya bastante entrada la mañana, comenzó la agonia, sólo perceptible por una leve dificultad en la respiracion de aquel pobre ángel, que carecía de fuerzas para hablar, pero que conservaba íntegra la claridad de su inteligencia y sintiéndose morir nos miraba y procuraba alentarnos con una sonrisa de inefable dulzura.

De pronto se dejó oír en la calle el són de un organillo, que segun supe despues tocaba todos los días á la misma hora debajo del balcon de Rosita. La infeliz mujer, madre de dos pequeñuelos, que lo arrastraba trabajosamente en un carricoche, le hacia entonar el más alegre de sus vases, esperando la limosna que nunca dejaba de darle la que entonces lo escuchaba por última vez.

Luisa y Ricardo se estremecieron heridos por la alegría de aquella música ó por el recuerdo de aquella mujer á quien habían compadecido tantas veces y á quien le vivían dos hijos; yo corrí á la pieza inmediatamente, abrí el balcon y eché una moneda á la mendiga rogándole que se alejase.

Cuando volví al lado de la moribunda me asustó la fijeza de sus ojos y la inmovilidad de sus labios, en los cuales había quedado como estereotipada la sonrisa de que ántes hice mencion.

Luisa, que tenía cogida una de sus manos, la soltó repentinamente y dijo á su marido con acento y expresion de loca:

—Ricardo, ¡toca esta mano!

Ricardo se estremeció, puso la suya sobre el corazon de su hija, y lanzando un gemido, cayó sin conocimiento en mis brazos.

La madre se abrazó al inanimado cuerpo del más querido pedazo de sus entrañas y durante unos cuantos minutos estuvo con ménos vida que la muerta.

Reinaba pavoroso silencio en la estancia. Era tan completo el silencio que se percibía el són del organillo tocando en una calle distante el vals cuyas notas habían arrullado el último sueño de Rosita.

III

¿Quién es capaz de describir la escena que siguió á las ya referidas? Cuando Luisa y Ricardo volvieron en sí y se dieron cuenta de la espantosa realidad de su desventura, la pena llegó á los últimos límites de la desesperacion, el llanto se secó repen-

tinamente en sus ojos, y con frases de aterradora energía, ambos comenzaron á pedir á Dios estrecha cuenta de lo que había hecho.

Decía el padre:—«¿Por qué me la diste si tan pronto habías de quitármela? ¿No dicen que eres infalible? Pues al destruir tu obra pruebas que te has equivocado. Dicen que eres justo.... ¿Es esto un castigo que me impones á mí? Pues ¿por qué se lo haces sufrir tambien á ella? ¿Por qué te vengas en el débil? ¿Por qué no empleas tus fuerzas contra mí que soy más vigoroso y sabría resistirte? A mí tambien me vencerías, pero te costaría más trabajo.»

La madre, exaltada por las frases de su marido, exclamaba elevando los ojos al cielo:

—«Ven, ven, y dime si es justo lo que has hecho.... Pero, nó, no serás capaz de venir: Dios no se atreve á presentarse delante de una madre cuando acaba de robarle su hijo.»

Yo queria templar su dolor con mis palabras y me hallaba más propicio á sentir como ellos que á demostrarles su sinrazon.

Luisa era la mujer más honrada y más santa de la tierra; Ricardo era el compendio de todas las virtudes varoniles; á nadie habían inferido jamás el menor daño y eran infinitos los beneficios que yo les había visto repartir en torno suyo: su mayor bien, su mejor esperanza era aquel sér fruto de su legítimo amor, y la conciencia me gritaba que Dios no puede castigar á los inocentes con la misma mano que tan á menudo aparta el castigo de la cabeza de los culpables.

El llanto me nubló la vista, el dolor me embotó el entendimiento; aturdido en tan pocas horas por tantas y tan diversas emociones como caben entre un baile de máscaras y la muerte de un ángel, caí rendido en un sillón y durante largo rato permanecí sin poder darme exacta cuenta de lo que por mí pasaba.

Yo había escuchado el primer grito que costó el nacer á aquella criatura; mis brazos la habían sostenido en la pila bautismal y ante mis ojos acababa de morir: mi alma se puso al unísono con las de sus padres y un insensato espíritu de caballeridad se apoderó de mi ánimo,—espíritu soberanamente ridículo sin duda, si lo que se siente con sinceridad y vehemencia pudiera ser ridículo alguna vez y en caso alguno.

Experimenté la necesidad de convertirme en paladin de los afectos que nos dominaban á todos y mi deseo no aspiró á ménos que á ponerme en la presencia de Dios preguntarle qué motivos le habían impulsado á herir tan cruelmente aquellos nobles corazones y pedirle que revocase el duro acuerdo de su voluntad soberana.

IV

Apénas formulado clara y distintamente tan absurdo propósito, comenzaron á adquirir inusitada lucidez mis ideas, y una extrañísima, indefinible sensacion me hizo creer que mi alma se había separado de mi cuerpo y libre y señora de sí ascendía por el espacio en busca del Criador de todas las cosas.

De pronto se vió mi alma delante de un sér de hermosura incomparable, en quien la bondad inspiraba respeto y la grandeza amor, todo rodeado de una luz junto á la cual la del sol sería sombra y que, si con una mirada me dejó confuso y temeroso, me dió con una sonrisa alientos para adelantarme hasta él y comenzar á hablarle....

Un ademán suyo me impuso silencio y me hizo comprender que nada necesitaba decirle. No incurriré en el sacrilegio de intentar la repetición de sus palabras, ni podría hacerlo aunque quisiera: llegaron á mi oído por otro intermedio que el lenguaje humano. Dios me elevó á sí y sus ideas penetraron en mi espíritu como los rayos luminosos en la pupila.

Lo que yo me había atrevido á considerar como una caprichosa injusticia, era una nueva muestra de la sabiduría y de la misericordia de Dios; muestra cuya misma grandeza la colocaba fuera del alcance de la tan débil como soberbia inteligencia humana.

Dios, que ama profundamente el órden y que de nadie puede recibir leyes, se ha impuesto algunas á sí propio, y esas leyes han de cumplirse mientras no cuadre á su voluntad omnipotente alterar la marcha de los mundos sembrados en el espacio.

En aquel día, en aquel instante, debía abandonar la tierra el alma de un niño, y el alma escogida para mantener acordada la armonía del universo, era el alma de la hija de Luisa y Ricardo. La ley, en lo esencial, necesitaba recibir cumplimiento; pero Dios no me había consentido en balde llegar hasta sus plantas. El alma de un niño, por su lim-

pieza y por su bondad, vale tanto como las almas de los dos séres más santos y perfectos de la tierra: Dios estaba dispuesto á devolver la vida á Rosa si sus padres la rescataban con la suya, si eran capaces de morir por ella.

Satisfecho y ufano de mi conquista volví á la tierra y reunido otra vez con los inconsolables padres me apresuré á enterarles de lo que Dios se dignaba hacer en obsequio suyo.

Ambos aceptaron sin titubear y con loco regocijo; regocijo que subió de punto cuando los tres comenzamos á percibir que las huellas de la muerte iban desapareciendo del semblante de la niña. Poco á poco fué convirtiéndose en rosa fresca y brillante la marchita y descolorida azucena: desplegaronse los contraídos labios, abriéronse los ojos hermosísimos y dirigieron á Luisa y Ricardo una mirada de amor al propio tiempo que los brazos se tendían tambien hácia ellos. Aquella mirada no era la de la niña de ocho años poco tiempo ántes extinguida ante nosotros.

En aquellos ojos había divinos resplandores y se observaba en aquel rostro ya ménos infantil y entónces más celestial que nunca, algo que sólo pudiera comprenderse pensando que la Virgen Santísima había impreso allí con sus labios una impalpable huella de su virginal maternidad.

Pero los padres, con gran sorpresa mia, no correspondieron á aquella caricia del adorado sér por quien estaban dispuestos á morir. Lloraban de alegría al ver rediviva á las hija de sus entrañas, pero se veían privados de todo movimiento á medida que iba ella recobrando los suyos. Diríase que la vida que recibía la niña era la misma que de los padres se escapaba, y cuando ella pudo al fin moverse y hablar, ellos sólo disponían apénas de la vida necesaria para darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

La niña vió espantada que sus padres iban á abandonarla: se vió sola en el mundo la que tan poco podía amar la vida terrena despues de haber vivido en el cielo, y la expresion de tristeza que se pintó en su rostro fué tal, que Luisa y Ricardo al ver invertido el cuadro anterior descubrieron en su hija una pena aun mayor que la que ellos habían logrado sacudir. Ellos eran felices porque su hija vivía, pero sólo se habían descargado de su dolor para echarlo entero sobre los hombros de la pobre niña. Y entónces, no con la voz que se extinguía en sus gargantas, pero sí con el corazon y con el alma dijeron á Dios, y me dejaron comprender á mí, que reconocían haber estado ciegos, que confesaban su error y que aceptaban la fácil dicha de morir para su hija, la difícil amargura de vivir para ellos.

V

La alucinacion,—que alucinacion había sido sin duda,—disipóse al fin en mi espíritu y la razon recobró nuevamente sus fueros.

Mis amigos estaban á mi lado junto al cadáver de la pobre niña. Observaron la rapidez con que me levanté del sillón y advirtieron lo desencajadas que tenía las facciones de mi rostro. Me preguntaron qué había sido de mí, y la relacion del providencial desvarío de mi mente consiguió el único bien entónces posible para ambos. A la desesperacion sucedió el enternecimiento y lloraron.

Yo mientras veía correr sus lágrimas no pude ménos de pensar que Dios sabe lo que se hace.

Madrid, julio de 1882

CÁRLOS COELLO.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Una sociedad de capitalistas americanos se propone establecer una nueva via entre los Estados Unidos y Europa por Terranova y Galway (Irlanda) por medio de un ferrocarril que atravesase la Nueva Escocia y Terranova.

De este modo se abreviará de dos á cuatro días el trayecto de Nueva York á Londres.

* *

El Gobierno federal del Canadá ha resuelto crear dos nuevas provincias en el Noroeste. El tercer meridiano principal servirá de frontera entre las dos provincias. Este meridiano parte del centro de la Montaña de los Bosques, á unas 40 millas al oeste de Humboldt, y atraviesa la parte occidental de Príncipe Alberto. La provincia del Este, que llevará el nombre original de «La que llama» se extenderá desde la frontera de Manitoba hasta el tercer meridiano principal. La capital será Bones Creek (el riachuelo de los Huesos), en la línea del ferrocarril del Pacífico.

La otra provincia, que se llamará de Saskatchewan, se extenderá desde el límite Oeste de la anterior hasta las montañas Pedregosas, no habiéndose aún designado su capital.

* *

Un despacho procedente de las islas situadas al Sur de Africa anuncia que la tripulacion de un ballenero inglés acaba de descubrir una nueva tierra á 250 millas al Este del territorio de *Dumont d'Urville*.

* *

El continente africano, segun datos del explorador Nachtigal, tiene aproximadamente una superficie total de 29.200,000 kilómetros cuadrados.

* *

Se ha recibido un telegrama anunciando, pero sin detalles, la reciente muerte del célebre explorador y viajero, marqués de Antinori, ocurrida en Choa (Africa).

* *

El Senado de los Estados Unidos acaba de adoptar una resolucion importante, que en cierto modo tiende á poner nuevamente en vigor, bajo la sancion de todas las naciones civilizadas, un decreto de Luis XIII de Francia.

Es sabido que en 1634 ysiendo ministro el cardenal Richelieu, determinó dicho rey que se contara como primer meridiano el que pasa por la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias. Casi todos los geógrafos se atuvieron hasta principios del siglo XVIII á lo prescrito en este decreto, y el meridiano de la isla de Hierro fué el adoptado casi universalmente.

Pero, so pretexto de dar mayor precision á las determinaciones de longitud, algunos geógrafos franceses tuvieron la fatal idea de tomar como primer meridiano el del observatorio de Paris. De aquí resultó naturalmente que los ingleses adoptaron el de Greenwich, los alemanes el de Berlin, los españoles el de Madrid, los americanos el de Washington, et., etc.

A pesar de las continuas reclamaciones hechas en contra, el gobierno francés no ha querido posteriormente dar la señal de una reforma indispensable y conforme al espíritu que dictó á la Constituyente y á la Convencion nacional las bases del sistema universal de pesas y medidas, y que debió formar parte del programa de la comision del Metro.

El Senado norte-americano se ha ocupado ahora de llenar este vacío vergonzoso para nuestra ciencia, invitando al presidente de los Estados Unidos á convocar un congreso encargado de escoger un primer meridiano único, que podrá muy bien ser el de la isla de Hierro.

* *

La ciudad de Abukir, uno de los puntos de Egipto, que ha adquirido nueva celebridad con motivo de la reciente guerra, apenas tiene 3,000 habitantes, y se halla á 24 kilómetros, al N.E. de Alejandria: edificada en la costa del Mediterráneo, forma parte de la provincia de Baheyreh. Está construida sobre las ruinas de la antigua Canope, mas hay quien crea que lo está sobre las de Basiris, ciudad célebre en la antigüedad por su templo consagrado á Isis ó Serapis, divinidad adorada por los egipcios bajo la figura de una vasija abultada, terminada en una cabeza humana.

Este templo fué destruido en virtud de órden de Teodosio, por Teófilo, patriarca de Alejandria, quien fundó un monasterio en el terreno que ocupaba. Las ruinas y los salones tallados en las rocas que se ven en Abukir pertenecen á la antigua Topodiris. El mar penetra aún en los estanques que servian de baños en lo antiguo, y cubre fragmentos de escultura y de arquitectura que formaban parte de las 400 columnas de granito que Caradjak, gobernador de Alejandria, mandó arrojar al mar por órden de Saladino, á fin de impedir que las naves de los cruzados se acercasen á la costa.

La ciudadela de Abukir está construida en la punta de una roca, muy avanzada al N.E. Hacia poniente, la rada está formada por la lengua de tierra en que se

asienta la ciudad, y á levante, por la punta de Bogharz de Rosetta, que es la de la desembocadura del Nilo.

Abukir y su base han adquirido celebridad en las guerras contemporáneas por las tres batallas que se trabaron en sus alrededores cuando la expedicion francesa á Egipto.

NOTICIAS VARIAS

En una gran fábrica de Newark (Nuevo Jersey), se acaba de instalar un volante enorme, el mayor de cuantos se han construido en los Estados Unidos y quizás en el mundo entero. Pesa 49,000 kilogramos, y se compone de siete secciones cada una de las cuales pesa 7 toneladas. Tiene 25 piés (7^m,50) de diámetro; se han necesitado quince dias para tornearlo, quitándole cerca de cinco toneladas de limaduras para aplanar su superficie.

* *

BALA ANESTÉSICA.—No deja de ser curioso este invento de que nos dan cuenta los periódicos militares franceses. Se trata de un invento aplicable á los proyectiles cuyo titulo es el de bala anestésica, la cual está formada de compuestos especiales que producirán en el individuo á quien alcancen un pacífico sueño de 18 horas.

La idea, sin embargo, no es nueva en sí. Allá por los años 1870 se habló de un cohete cuyos resultados eran idénticos. «Comparada la bala anestésica, dice una revista técnica, con los pacificadores del Doctor norte-americano, y colocando como término medio en la relacion la reciente guerra de Egipto y las probables causas de lucha, no obstante los buenos deseos de la conferencia que discute en Bruselas sobre el particular, podemos deducir como consecuencia que la humanidad tiende más á la destruccion de obstáculos que á su anulacion momentánea, á pesar de la opinion de Pinheiro y de los inventos químicos.»

* *

EL TÚNEL SUBMARINO DEL CANAL DE LA MANCHA.—Segun parece el informe de la comision inglesa de defensa, relativa á este túnel, expresa la duda de poder defen-

der eficazmente la salida del túnel por la parte de Inglaterra. El general Adye opina, por el contrario, que su defensa seria facilísima. El general Wolseley juzga desastrosa para Inglaterra la construccion de esa vía. El duque de Cambridge es de la misma opinion: desea vivamente que el gobierno se oponga á la realizacion de un proyecto, que constituiria un peligro constante para la Gran Bretaña.

Por consecuencia de la opinion militar, contraria á la perforacion, se ha ordenado suspender los trabajos comenzados.

¡Como tambien perder su invulnerabilidad esos hijos de Albion, que, sin embargo, profanan á diestro y siniestro la independencia é integridad de otros pueblos!

* *

Un distinguido sabio belga, M. Melsens, acaba de publicar sus investigaciones sobre la marcha de los proyectiles á través de medios resistentes, entre los cuales son dignos de ser conocidos los siguientes.

Observando que cuando se hace un disparo á gran distancia sobre una plancha de hierro, la bala cuya velocidad en el momento del choque es pequeña, se aplasta sin penetrar en aquella, y que cuando se tira de cerca la bala se introduce en la plancha sin aplastarse, ha deducido que en este último caso el aire interpuesto entre la bala y la plancha, obligado por la gran velocidad de aquella, se solidifica hasta el punto que rompe por sí solo la plancha, pareciendo confirmar esta teo-

* *

El alumbrado de la vía pública en Paris comprende 43,089 luces de gas y 429 de petróleo y aceite de colza. En los diferentes establecimientos municipales hay cerca de 25,000 luces de gas. El total de los gastos presupuestados para el alumbrado de las plazas y calles, para 1883, ascenderá á 5.473,000 francos, y el de los edificios municipales de toda clase, como mercados, mataderos, almacenes, alcaldías, escuelas, etc., á 1,200,000. Si á estas cantidades se agregan 630,000 francos por otros gastos inherentes al alumbrado, resulta que la suma que deberá abonar el municipio parisiense por el alumbrado, ascenderá á unos seis millones y medio de francos.

* *

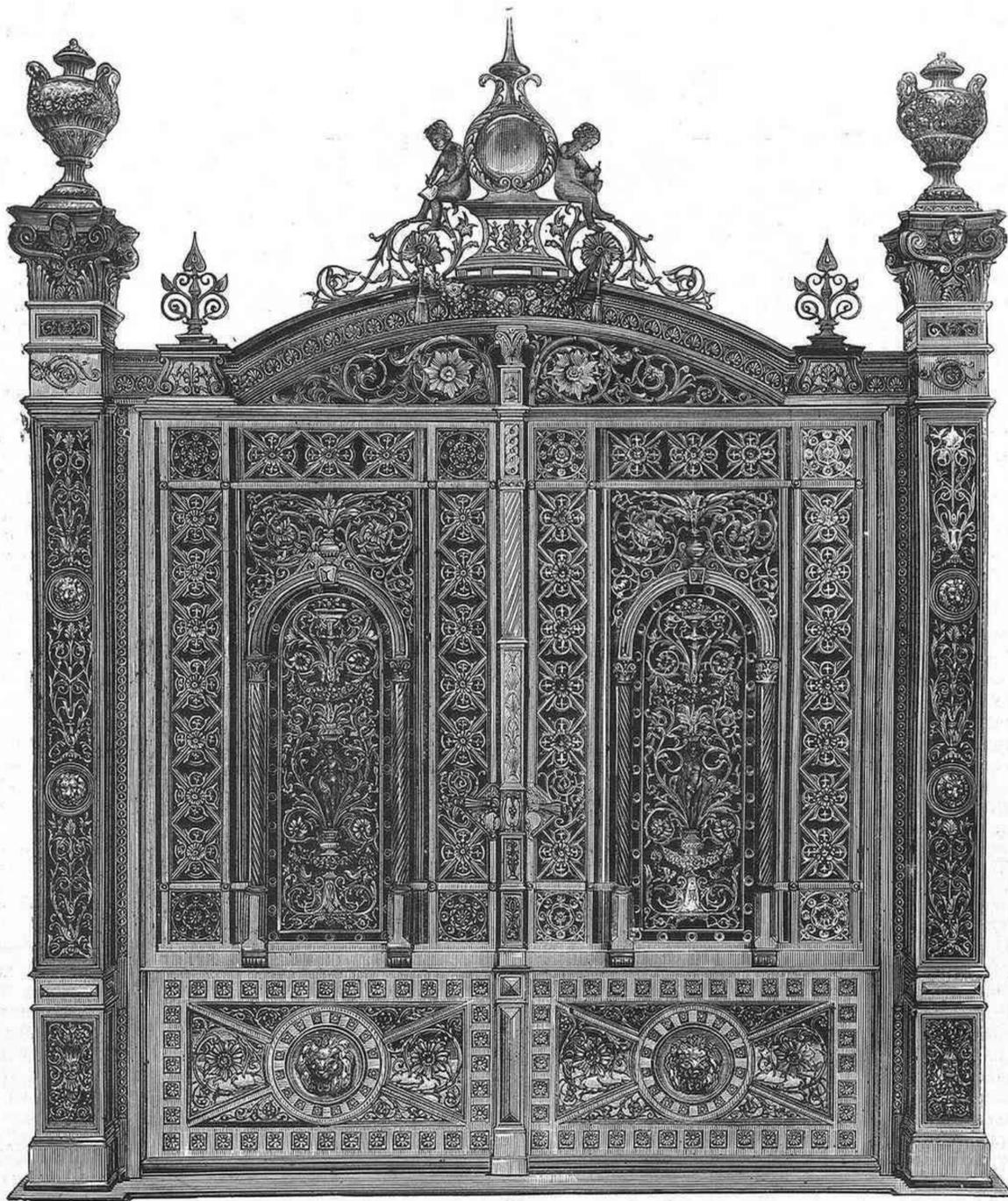
Segun una Memoria de la Sociedad de templanza suiza, la confederacion consume anualmente alcohol por valor de 150 millones de francos, y 2,889 personas perecen en el mismo período, víctimas de excesos en la bebida. La mitad de los presos de los establecimientos penitenciarios son antiguos bebedores.

En 25 años el vicio de la embriaguez ha costado á Suiza 3,750 millones y más de 71,000 hombres, sin contar los desórdenes morales y sociales.

¡Y luégo hablarán los extranjeros de lo espirituoso de los vinos españoles!

* *

En los Estados Unidos ha empezado á arraigar la funesta costumbre de fumar opio, siendo los habitantes del Oeste los más viciados hasta hoy. En 1880 se fumaron 85,195 libras de opio, 57,031 por los chinos allí establecidos, y 28,164 por americanos.



PUERTA DE HIERRO, construida por la casa Waagner de Viena

CRONICA CIENTIFICA

EL ALFABETO

Nacemos entre prodigios, vivimos entre maravillas y descansamos, cuando la hora del eterno descanso llega, en el fondo impenetrable de un misterio. Y á fuerza de codearnos todos los días y á todas las horas con asombros de diversos calibres, nos acostumbramos á ellos, perdemos la sensibilidad, y concluimos por no reparar ni aun en los de mayor tamaño. Mejor dicho, en ellos no reparamos nunca: *al principio*, porque nuestra inteligencia anda soñolienta; que como acaba de dormir *medio infinito*, ó sea todo el tiempo que hay desde el momento presente hasta el origen de un pasado sin comienzo, ya necesita unos cuantos años para despertar del todo: *al fin*, porque cuando llega la época reflexiva perdieron su novedad los más estupendos fenómenos, tomando el prosaico nivel de las cosas vulgares.

Y si esto sucede aun para esos gigantes del espacio, que se llaman astros, soles y nebulosas, ¿qué no ha de suceder para esos miserables enanos que se llaman *letras*?

¡Las letras! ¿hay nada más sencillo?

En la escuela las aprendimos desde la *a* hasta la *z* con el clásico sonsonete, que enseña la mnemotecnia de los sonidos; las combinamos más tarde deletreando á compás el sublime cuanto modesto *ba, be, bi, bo, bu*; á leer llegamos de corrido por último, sin parar mientes en que la humanidad ha necesitado centenares de siglos para aprender lo que un diablillo de cinco años domina en unos meses; y hoy todo el que recorre un libro, en lo que menos piensa, es en esos caprichosos y pequeñísimos signos, que reproducen el mundo entero con sus admirables leyes; el corazón humano con sus tempestades de pasiones; la belleza con más verdad que lienzos y mármoles, armonías y monumentos; la idea con todos sus matices, y sus metafísicas cúspides, y todos sus profundos abismos.

Hemos dicho que nadie piensa en esos seres insignificantes, y hemos dicho mal: piensan unos cuantos sabios, y unas cuantas ciencias, y éstas y aquellos procuran penetrar en el difícil y profundo problema que nos ocupa. Veamos lo que dicen unos y otras del alfabeto y de sus componentes.

Mas para entendernos, bueno será dividir todos los alfabetos, ó para hablar con más propiedad, todos los sistemas de escritura, en dos grandes grupos: escritura ideo-gráfica y escritura fonética.

En el primer sistema las ideas se expresan por el *símbolo material* ó por la *representación figurada* que les corresponde, ó dicho con más claridad, se expresan *las ideas por sí mismas*.

La idea de *correr*, por el dibujo más ó menos imperfecto de un ser animado que corre; la de *herir* por el de un hombre que hiere; la de abrazarse por el abrazo en pintura; la de toda acción material por la acción misma trazada en piedras, metales, telas ó papiros; la de afectos de orden más espiritual, espiritualizando aquellas, por analogías, semejanzas y abstracciones, por donde poco á poco los objetos figurados se convierten en símbolos. La escritura jeroglífica de los egipcios, cuyos misteriosos signos fueron en gran parte explicados por Champollion, pertenece á este género.

Pero no, no es de jeroglífos ni de símbolos de lo que nos proponemos ocuparnos en estos artículos de modesta y elemental propaganda; y dejando á orientalistas, egipólogos ó asiáticos, empeñados en su empresa sublime de hacer hablar esfinges, iluminar tumbas y poblar ruinosos monumentos de un tiempo remoto; dejando á Champollion, Young, Leemans, Lepsius y tantos otros, y con ellos á chinos, mexicanos y egipcios, vengamos á nuestro objeto, que se relaciona con el segundo grupo que ántes indicamos, á saber, con la escritura *fonética*.

En verdad que es idea sublime en su admirable sencillez y en su inconcebible atrevimiento, la de recoger en signos las fugaces vibraciones de la palabra.

La escritura moderna, este nuestro sencillo y elemental alfabeto, que tomamos de Roma, la que á su vez habíalo tomado de Grecia, que según parece lo tomó de Egipto, en cuyas regiones, á lo que afirma la *Farsalia* de Lucano, un cierto Cadmus inventó este arte admirable de *pintar el pensamiento y de hablar á los ojos*, mientras algunos con más fundamento suponen, que el hijo de Agenor no hizo otra cosa que trasportar de Fenicia la peregrina invención, fruto de muchos siglos y de muchos hombres; ese cerrado escuadrón de pigmeos, en fin, cuyas infinitas combinaciones apenas bastan para representar la variedad inago-



MENDIGO SABOYANO, dibujo de R. Roessler

table de las cosas, de los seres y de los fenómenos, no es en el fondo más que un conjunto de *sonidos figurados*, ó de signos análogos á los signos musicales, especie de *solfa vulgar*, y perdonémoslo lo vulgarísimo de la frase.

Cantamos al hablar sin saberlo, como M. Jourdain llevaba cuarenta años de hablar en prosa sin caer en ello; y en la última gaceta y en el más sublime libro de metafísica, leemos fusas y semi-fusas á montón sin haber tenido otro maestro de música que la tierna y dulce de nuestra madre cuando niños, y el inmenso coro de las gentes cuando poco á poco penetramos en la tragi-comedia de la vida.

Es lo cierto que si la colosal elaboración de cien siglos y cien razas no nos hubiese dado el alfabeto que tenemos, y sin él hubiese sido posible nuestra moderna civilización, hipótesis dudosa, y hoy con todo nuestro saber buscásemos un sistema de escritura para *pintar el pensamiento y hablar á los ojos*, no encontraríamos nada mejor en lo sustancial que nuestro viejo alfabeto fenicio.

Discurramos sino, y veremos cómo la lógica más elemental, y hasta el sentido común, excluyen los demás sistemas para venir á éste de la reproducción de los sonidos.

¿Hemos de expresar las ideas por sus efectos materiales, según los perciben los sentidos?

¿La casa por el dibujo de la casa misma? ¿Por el árbol el árbol? ¿El mar pintando sus olas y sus espumas? ¿El sol por sus dorados rayos? ¿Por su claro resplandor el astro de la noche? ¿Y los actos humanos por figuras que los ejecuten? ¿Y el vuelo, el salto, la lucha, los movimientos todos de los animales por la reproducción pictórica, ó de relieve, ó escultural de sus formas y de sus actitudes? Pues el número de signos será infinito, porque lo son los actos y los objetos.

Y cada signo nada menos que un cuadro ó un grupo.

Alfabeto que para cada letra necesita un Rafael, un Murillo, un Velazquez ó un Miguel Angel.

Alfabeto bueno para los ángeles; para los hombres se necesita algo más sublime, pero más práctico, y sobre todo más rápido y más sencillo.

Y además, el mundo de lo no sensible es inmensamente superior al de los objetos materiales.

En resumen, caracteres en serie interminable; signos de complicación ó de dificultad imposible; afectos, deseos, pasiones, combinaciones abstractas de la ciencia sin medios de expresión material: todo esto nos haría desear pronto la escritura ideo-gráfica, si la historia no la hubiese desechado ya, dándole, sin embargo, por lo generoso del esfuerzo, tumba sublime en el Oriente entre conquistadores asiáticos y soberbios Faraones.

Pues ya que no es posible fijar un signo para cada idea, veamos si consiste la solución del problema en representar por un signo cada palabra.

El lenguaje ha resuelto una primera dificultad, la dificultad enorme, trascendental, metafísica, determinando una palabra para cada idea: pues partamos de aquí, subamos por escalones, y ya que los objetos, los fenómenos, los actos, los pensamientos mismos, el placer y el dolor; así el río como el bosque, el mar como el cielo, el monte y el desierto, el grano de arena y el astro, la tempestad y el iris, el latido de amor y la congestión de ira, la oración y la blasfemia, el deseo brutal y el concepto filosófico; cuanto es, cuanto sucede, cuanto siente, cuanto piensa; ya que todo esto, repetimos, está expresado en el lenguaje, tomemos las palabras como *primeros signos* acústicos y busquemos otra serie de signos geométricos que representen aquellos.

Por prodigio sublime, *cuanto es*, es verbo humano; tiempo y espacio, rocas y torrentes, cielo y tierra, fenómenos materiales y palpaciones de la vida, la sensación y el pensamiento, todo está convertido en *palabras*: el cosmos con sus masas y sus fuerzas espirituales está dibujado en vibraciones del aire.

La realidad en su total extensión, las realidades todas en su múltiple variedad, tienen *signos*; que no son otros que los sonidos complejos que se llaman *voces*, y que constituyen las primeras partículas del lenguaje humano.

Cómo lo extenso, lo pesado, la fuerza, la vida, la conciencia pueden expresarse con fidelidad absoluta por movimientos rítmicos del aire, es misterio profundo y sublime problema que la ciencia pugna por penetrar; pero es un hecho que atestiguan con mayor ó menor grado de perfección todos los idiomas, y de este hecho podemos partir.

Imaginemos un *diccionario inmenso*, tan inmenso como el espacio, y extendiéndose además como por una cuarta

dimensión, por ese nuevo eje de las duraciones que se llama tiempo: diccionario de doble columna por decirlo así. A un lado el objeto, el fenómeno, grande ó pequeño, material ó abstracto, real ó imaginado, solidez que se toca ó sueño que se desvanece; y enfrente, en la segunda columna, la palabra que lo *significa*.

Monte: pues el monte con su volumen y su masa; con sus cúspides y sus abismos; con su maleza y sus alimañas; con sus torrentes y sus nieblas. Y enfrente de esta columna fantástica, la palabra *monte*, ó mejor dicho una atmósfera en miniatura, una caja cristalina con aire dentro, algo parecido al acuario, y ese aire *vibrando* de un modo visible con todas las vibraciones que la palabra *monte* contiene.

Mar: pues el mar á un lado, con su realidad inmensa: sus olas, sus tempestades, sus abismos, sus monstruos. Y en la columna de las voces, esta voz *mar* en su caja atmosférica, con olas de aire que si fueran de colores diversos marcarían extrañas combinaciones de la esfera.

Y así, en la doble y prodigiosa tabla, á un lado el objeto, enfrente el signo.

¿Qué nos resta? Agregar una *tercera columna* á este estúpido léxico de relieve.

En la primera lo que es: en la segunda el signo fonético, la *palabra*: en la tercera un signo visible, una línea, una figura, *algo gráfico* que represente la palabra misma, y que por representarla, represente á su vez el objeto. Tal es el problema, y tal será la materia del próximo artículo.

JOSÉ ECHEGARAY

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON